

LA «AYUDA» SOVIETICA A ORIENTE MEDIO

Hace precisamente cien años que el paneslavista Tiuchev, fijando con hiperbólica osadía los futuros límites de Rusia, decía: «El destino demostrará que el sendero del futuro nos llevará a los siete mares interiores y a los siete grandes ríos, desde el Nilo al Neva, del Elba al Yang-Tsé, del Volga al Eufrates, del Ganges al Danubio. Allí está el Imperio ruso y se mantendrá a través de los siglos.» Predicción estridente cuando sólo el Volga, el Neva y parte del Danubio corrían bajo control zarista; terriblemente en curso, ahora, cuando el Yang-Tsé y el Danubio magyar están dominados por la U. R. R. S., cerca de cuyas injustas fronteras discurren el Ganges y el Elba; cuyos técnicos merodean junto al Nilo y el Alto Eufrates, sirviendo a ese vasto movimiento de tenaza de Moscú en Oriente Medio, con puntos de presión en el Mar Rojo, en el Yemen y en los pozos de petróleo del Golfo Pérsico y de Mosul...

El trauma político causado por la mal resuelta crisis de Suez convirtió, hace ya meses, a Oriente Medio en epicentro de una agitación internacional que atrajo, por miras opuestas, la atención de las grandes potencias; y el consiguiente robustecimiento exterior de Nasser, afirmó su incomprensible «neutralismo», su amistad con el Kremlin y su fórmula federalista de un vasto Imperio Panárabe que obtuvo en Siria —su amiga más afín— un eco tan profundo como extenso.

La Unión Soviética vió pronto en Siria el talón de Aquiles del Oriente Medio. Como halló en el reino jordani la más centrada oposición a su tenaz infiltración. Por eso, en el fuerte seísmo político de Oriente Medio, Siria y Jordania se erigen, actualmente, como auténticos símbolos de sendas reacciones indígenas—entre si diametralmente opuestas—frente a la sagaz penetración de la U. R. R. S.. Mas dejando por su interés y originalidad el estudio del caso jordano para su próximo artículo, queremos ceñirnos, ahora

a tratar algunos aspectos, precedentes y vicisitudes de la actitud de Siria, protagonista de una crisis sólo relativamente estacionada.

Bien recogió la U. R. R. S. el punto para insertar su cuña de penetración. Siria, como Egipto, había sufrido un largo vasallaje, primero turco y explícito, después francés y excesivamente prorrogado, so capa de mandato internacional, constituido—también sobre Líbano—por el Consejo de la S. de N. de 24 de julio de 1922; aunque más que en el párrafo 4 del artículo 22 del Pacto ginebrino, el mandato francés en Siria tuvo su real origen en los acuerdos secretos firmados por Inglaterra y Francia durante la primera guerra Europea.

Francia internacionalmente se obligó a redactar, en plazo máximo de tres años, un Estatuto orgánico recogiendo los intereses, derechos y aspiraciones de la población y de acuerdo con las autoridades indígenas; a favorecer las autonomías locales; a garantizar la integridad territorial siria; a establecer un sistema judicial moderno y seguro; a asegurar la libertad de conciencia y de cultos, la igualdad jurídica de las razas, la libre gestión de los Consejos de fábrica y las Comunidades religiosas; la igualdad comercial de los extranjeros en Siria, y a fomentar los recursos naturales del país, mediante concesiones imparcialmente contratadas a cualquier entidad perteneciente a miembros de la Sociedad de las Naciones; y una minuciosa regulación de las investigaciones arqueológicas, afirmando el respeto a la propiedad siria y su derecho prevalente a adquirir los hallazgos, dejaba adivinar la importancia que los pozos de «oro negro» revestían para el mandatario¹.

Sin embargo, de lo antedicho no debe ligeramente deducirse que la ambición o el prurito colonialistas fuesen los factores determinantes de la dilación francesa «para facilitar el desarrollo progresivo de Siria como Estado independiente». No, la prórroga llamativa del mandato halla más bien su exacta aplicación en la carencia de unidad interior y en la heterogénea composición de la población indígena².

Siria ha sido merecidamente llamada «la Checoslovaquia del Asia Menor», ya que, efectivamente, encierra entre su discutidas fronteras demasiados elementos, no ya diversos, sino contradictorios; en su seno social gravitan fuerzas disgregadoras que dificultan su integración nacional. Fuerzas

¹ Vid. págs. 722 a 728 del *Recueil de Textes de Droit International Public*, de Le Fur y Chklaver. París, 1934.

² Vid. C. Barcia Trelles, *Puntos cardinales de la Política Internacional Española*. Cuarta Parte: «El problema árabe en los territorios otomanos bajo mandato», págs. 95 a 111. Madrid, 1939.

centrífugas, insuficientes de por sí para romper su equilibrio político, pero perfectamente aprovechables por las Potencias limítrofes para fomentar un peligroso secesionismo. Por eso cuando Barcia Trelles³ compara el retraso francés en la emancipación de Siria, con la diligencia británica, reconociendo, seis años antes, la independencia del Irak, atribuye al problema de las minorías las vacilaciones del mandatario que fundaba la ocupación militar en la necesidad de defender aquéllas. Con todo es justo reconocer, asimismo, que Francia tuvo, además, en cuenta que Siria como Líbano ofrecían, aparte de su no despreciable agricultura, grandes posibilidades al activo comercio de tránsito del Asia interior al Mediterráneo, que Inglaterra procuraba saliese por Haiffa, en Palestina, y Francia por Beyruth, pasando por Damasco. Natural fué que ello, unido al disgusto nacionalista ante el escaso fomento francés de la producción y la exportación de Siria, produjese un sin número de motines populares, hasta la total emancipación, que no llegó, en realidad—pese a las repetidas promesas del mandatario y a la signature del Tratado de 9 de septiembre del 36, cuya ratificación Francia difería constantemente—hasta abril del 46, tras la rebelión nacionalista del 45 y evacuadas, bajo garantía inglesa, las tropas del moroso mandatario. Era el triunfo de un nacionalismo exaltado por la fuerte contradicción sufrida, cuyo lema fué: «No colaboración con Francia; unidad siria o nada», según proclamó, el 17 de febrero del 33, el Congreso nacionalista de Aleppo.

Factor importante, así de su perenne inestabilidad como de su actual postura exterior, ha sido en Siria su mala situación económica, no resuelta por Francia y causa de un vivo afán de vindicta social, atizado por el injusto latifundismo de los propietarios privilegiados en contraste con la masa de *jellahs* o campesinos, que identificaron rápidamente su resentimiento social con las ideas ultranacionalistas, en coincidencia con los obreros fabriles en paro y los comerciantes de la clase media afectados por la depresión económica general; únase a ello la fricción entre drusos y aluitas, la coexistencia de varias religiones y el irredentismo otomano, para entrever la grave complejidad de la cuestión de Siria, enconada por la indefinición de sus fronteras con Turquía. Esta, después de dominarla cuatro siglos, perdió, por el Tratado de Lausana de 1923, el Sandjak de Alexandretta, de cuya población total de 200.000 habitantes compuesta de grupos armenios, árabes, kurdos, circasianos y turcos, éstos suman más de 70.000 almas. Territorio que obtuvo, por acuerdo del Consejo de la Sociedad de Naciones de 26 de enero

³ Barcia Trelles, *Ob. cit.*

del 37, , amplia autonomía, con facilidades portuarias a Turquía para su comercio de tránsito. Lo que no excluye el que Turquía siguiese considerando irredentas, aparte del Sandjak, las regiones de Aleppo y septentrional del Djezirech. Lo que explica, en parte, el recelo de Siria respecto a su vieja dominadora, hoy fuerte y rearmada, modernizada, adscrita a la O. T. A. N. y ferviente signataria del redivivo Pacto de Bagdad que signo tan adverso implica para soviéticos y neutralistas.

Fácilmente se comprende cómo un país, cual Siria, sin fronteras definitivas, potencia económica, justicia social, unidad étnica ni religiosa, falta, por consiguiente, de interior cohesión, precise para su estabilidad política del fuerte apoyo de su ejército. Escenario habitual de golpes de Estado, motines públicos y asesinatos, sin partidos fuertes ni bien organizados, su ejército era, y es, en realidad, la única fuerza política considerable; una fuerza que dócil a las consignas extremistas y apasionadamente conducida por una joven oficialidad, ha ido corriéndose gradualmente hacia la izquierda, fundiendo en una sola dos aspiraciones populares: la independencia nacional y las reivindicaciones proletarias, programa fascinante y elemental que ha superado las viejas disidencias entre los partidos de la unión de Siria con el Irak o con Jordania; y ha dado pie, a la vez, a la ingerencia soviética en Medio Oriente.

Y es que ese denso grupo de jóvenes oficiales que virtualmente controla al ejército sirio, vive y actúa seducida por los brillantes gestos de Nasser, adquiriendo armamento a la U. R. R. S. y nacionalizando la Compañía del Canal; sueña con la absoluta independencia de Siria y pugna por traducir en favor de su programa, la postura antijurídica y «realista» del Presidente egipcio. No se trata, en honor a la verdad, de oficiales comunistas con ideología y estilo soviéticos, pero tampoco ha de afirmarse que actúen conscientes del grave riesgo de lenta, pero firme bolchevización que, de rechazo, pudiesen irrogar sus planes, al Estado y al Pueblo sirios y a la seguridad de Oriente Medio, por su actitud comprometida seriamente. Su corto horizonte, su fervor antioccidental, su odio a Turquía, su escasa o nula formación política, los transforma en excelentes introductores de las cautas vanguardias rojas, sin acertar a calcular las consecuencias exteriores de las posiciones adoptadas.

Sobre esa briosa reacción de la oficialidad pro-nasserista se apoya el Ministro de la Defensa sirio Jaled-El-Azem, protagonista de una carrera fulgurante y embozado, pero viejo rival, presto a un desquite, del Presidente Chukry-El-Kouatly, hijo del contrincante del emir Faisal del Irak en su pretensión al trono sirio, hombre económicamente poderoso con fuerte partici-

pación financiera en las industrias clave de Aleppo y Damasco. Político ambicioso y equívoco, postulador de un «neutralismo activo» gemelo al de Nasser, en cuyo servicio, sin duda, envió a Moscú el pasado estío, una cacareada misión comercial, fase utilitaria de un coqueteo diplomático con la U. R. R. S. iniciado con la visita de Chukry-El-Kouatly al presidente Vorochilov, a partir de cuya efemérides los vínculos de Siria con la Unión Soviética no han hecho, sino multiplicarse, enredarse y robustecerse, en términos que hacen cada vez más difícil una regresión política de Damasco.

Más en el caso que a tal «misión comercial» se agregaron oficialmente el Jefe del Estado Mayor y una docena de oficiales del ejército sirio, quienes, tan pronto regresaron, publicaron su resolución de ceder súbitamente sus puestos a otros elementos «más dinámicos», declarándose, por su parte, «cansados». Con suceso tan sospechoso coincidió el hecho de que el nuevo Jefe del Gobierno, Afif-Rizri y el Jefe del Servicio secreto de aquél fuesen amigos de los Soviets, lo que trajo por consecuencia la «purga» del Estado Mayor y de los cuadros de Oficialidad del Ejército, mientras al evidente compás de la batuta rusa, mudaba al par que la política interna la política exterior de Siria. Claro que la diplomacia de ésta pugnó por desmentir con irritados argumentos formales, la mudanza sustancial así operada, y hasta pudo afirmar que no había habido «golpe de Estado» en Siria, por cuanto sus instituciones públicas seguían externamente en su sitio. Ni su Parlamento fué disuelto, ni su Gobierno dimitió. Para los optimistas y según la versión oficial u oficiosa de lo ocurrido, no hubo otra cosa que cambios, harto leves, en la dirección de las Fuerzas Armadas, cubiertos por la firma auténtica del Presidente de la República. Mas ya se comprende que aceptar ligeramente esa versión sería tanto como comulgar con ruedas de molino y negarse a profundizar en el real contenido de los acontecimientos, olvidando la práctica rectoría política ejercida por el Ejército en los negocios públicos de Siria, y que la U. R. R. S. tan celosa para cumplir su *slogan* de «proteger a los Países árabes contra la amenaza capitalista», se apresuró a infiltrarse en la administración interna y en la diplomacia, declarando una «eventual y legal ayuda armada a los Países Arabes», asaz manifiesta—en Siria, como en Egipto y en el Yemen—en su notable ayuda militar, a través de intercambios técnicos, de auxilios financieros y de copiosos suministros y alijos de armas. Porque, más que amparar a los árabes, le interesa a la U. R. R. S. el ataque a Occidente; y se halla presta a incurrir violentamente en escena, lo mismo en Damasco que en El Cairo, siempre que pueda con su activa presencia, sumar su amenaza a la causa de cuantos se amotinan contra Occidente. Y Rusia halló madura a

Siria, sino para anexionarla, sí para hacer de ella puerta grande de su acceso a Oriente Medio, someterla a su influjo y lanzar hasta el Eufrates la cuña vaticinada por Tiuchev. Para obrar en tal forma, los Soviets contaban a su favor con la xenofobia nacionalista, con el nuevo programa del partido socialista siria «el Baal», colector de las vindictas proletarias, con el ejército subvertido y con la propia Universidad de Damasco, transformada como la egipcia de El Ahzar⁴ en foco de agitación comunista, cuyos estudiantes piden la fusión de Siria con Egipto, bajo la protección de la Unión Soviética como Estado salvador del mundo árabe.

Y no se trata simplemente de los Tratados comerciales en cuya virtud Siria se obligó a exportar trigo, seda y algodón a Rusia y Checoslovaquia. Se está ya realizando en estos meses un plan soviético de ayuda a Siria que importa varios cientos de millones de dólares, con fórmula de crédito a largo plazo y bajo interés. Sin necesidad de suscribir pactos militares ni ligas de mutua defensa, Rusia desarrolla actualmente en Siria, un vasto proyecto estratégico del que son muestras tangibles la financiación de la gran carretera desde Latakia a Aleppo y del importante ferrocarril del puerto de Latakia—modernizado por Rusia a contrareloj—a la región agrícola del Djezirah, en el Alto Eufrates, ambos puntos terminales fronterizos de Turquía, la nación que Siria nacionalista aborrece evocando su interna lucha con las fuertes minorías otomanas, y por haber Ankara resistido, gallardamente, la presión soviética.

Siria ha recibido de Moscú seis canoas torpederas y dos submarinos de bolsillo para cuya maniobra un grupo de sus cadetes navales recibió instrucción especial en Varsovia; y tras tales ayudas a la escuadra siria, la U. R. S. S. ha enviado instructores militares para adiestrar a las tropas de tierra sirias.

Así respaldada, si no instigada por sus nuevos mentores rojos, Siria desató contra Jordania y Turquía, sucesivamente, su bisoña y agresiva diplomacia. De su grave incidente con Jordania es nuestro propósito ocuparnos en próximo trabajo sobre dicho País. De sus violentas fricciones con Turquía, cuya raíz geopolítica ya hicimos constar, queremos ofrecer una somera referencia.

Confluyeron al estallido del conflicto siro-turco, el resentimiento de Damasco contra Ankara desde que Francia cedió a Turquía el Hatay—el viejo Sandjak de Alexandretta—sito entre la frontera noroeste de Siria y el

⁴ Vid. George Le Brun Kéris, *L'Islam. Proie pour le Communisme*. Publ. en "Jeune Europe", núm. 101 de 15 de septiembre de 1957.

mar, y las exigencias estratégicas de Moscú. Efectivamente, el Hatay, en manos turcas, interfiere la comunicación de Iskanderum con Aleppo, ruta histórica dotada de excelentes carreteras y del único ferrocarril; la Unión Soviética, por su parte, tropieza en su penetración con Turquía, aliada del Irak por las estipulaciones de Bagdad.

El 9 de octubre último, Damasco remitió a Ankara una nota oficial acusando a Turquía de «acciones provocadoras injustificadas», que hacía consistir en concentraciones militares—desacostumbradas para las maniobras de otoño a la sazón en curso—en la raya fronteriza, y en supuestas violaciones del espacio aéreo sirio, amén del tiroteo, captura e internamiento en suelo turco de pacíficos ciudadanos sirios; reprochaba la nota siria al Gobierno de Ankara que éste diese crédito oficial a rumores de supuestas actividades subversivas y depósitos cuantiosos de armas por parte de Damasco, y concluía reafirmando su buena voluntad, su carencia de móviles agresivos contra ningún país y su buena disposición para no romper su pacífica relación con la República turca; no sin remachar el clavo insistiendo en que «las acciones de Turquía violaban el espíritu y las disposiciones de la Carta de las NN. UU.».

La U. R. S. S., por su parte, acusó, en otra nota, a Ankara de amenazar la seguridad fronteriza de Siria; entrando, al punto, en contacto la Cancillería siria con Ryad, el Reino Saudí con Jordania y Líbano, y reuniéndose los Monarcas y dirigentes de los Estados Arabes para tratar de la delicada situación. A mitad de octubre, los Estados Mayores de El Cairo y Damasco, reunidos en la capital siria, con supervisión de un coronel soviético, brindaban fraternalmente, causando la noticia, al difundirse, una bélica psicosis. El 29 de octubre, Siria dirigía a los enviados diplomáticos de Italia, Grecia, Alemania Occidental, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Estados Unidos, sendas Notas, advirtiendo a dichas Potencias—todas ellas, miembros de la O. T. A. N.—de que la República Turca aprovecharía las inminentes maniobras militares de dicha Organización Regional de Defensa para «emprender una acción agresiva contra Siria». Esta, a la vez, denunciaba que bombarderos a reacción «Canberra» habían violado, tres veces, el cielo de Siria, hacia el Irak y la raya libanesa; y el 6 de noviembre tornaba a acusar a Ankara de incursiones militares fronterizas, y denunciaba a la Secretaría General de la O. N. U., dos incursiones aéreas sobre el puerto de Latakia, y nuevas detenciones de ciudadanos sirios por las autoridades turcas. Y poco pudo que llevó el «caso» a la O. N. U., rechazando, astuta y previamente, la mediación ofrecida por el Rey Saud, arguyendo que si todos los

Países árabes son amigos de Siria, ninguno está capacitado para la imparcial función de mediador en pleito de que Siria sea parte interesada. La O. N. U. era para Siria una buena caja de resonancia para las amenazas soviéticas que no tardaron en producirse, llegando Gromyko, desatendiendo una llamada presidencial al orden, a afirmar que «un ataque turco a Siria tendría fatales consecuencias», para atacar, a su vez, a Washington, acusándole de provocar un conflicto en Oriente Medio con sus planes de Ayuda. En respuesta a tal imputación, el Departamento de Estado norteamericano, formuló, el 10 de octubre, una declaración oficial a Rusia manifestándole sustancialmente que hacía mal en subestimar la disposición de Washington para defender a sus Aliados del Oriente Medio; al par que rechazaba la acusación vertida por Jruschov, según la que los Estados Unidos se dedicaban a inducir a Turquía a que declarase la guerra a Siria.

Es, realmente, difícil persuadir al grupo árabe, en general, del carácter desinteresado de la ayuda política, económica y militar ofrecida por las Potencias Occidentales. Un pasado colonialista excesivamente próximo aún y la conciencia de su presente fuerza global, les impulsa a rechazar, con recelo, todo gesto de auxilio o precaución frente a la solapada ingestión de la U. R. S. S. Así, el 1 de noviembre, fué el propio Consejo de la Liga Árabe el que acordó informar a las Naciones Unidas de que cualquier ataque a Siria sería considerado como un ataque a todos los Pueblos Arabes, resolución cableografiada inmediatamente a Dag Hammarskjold, Secretario General de la O. N. U., tras aprobar una resolución general de solidaridad con Siria. A la misma hora, a bordo de un reactor soviético, fletado expresamente por Jruschov, llegaba a Moscú, para asistir a los actos conmemorativos del XL aniversario de la Revolución bolchevique, una delegación militar egipcia presidida por Abdel-Harim-Amer, Ministro de la Guerra de El Cairo y «Jefe de las Fuerzas conjuntas de Siria, Jordania y Egipto».

Con fuerza, con gana y con prisa, juega Moscú la baza siria en la revuelta partida de Oriente Medio. Una partida en que, fulleramente, el Soviet disimula su juego, fingiendo absoluto desinterés en las ofertas fabulosas con que ceba su anzuelo proselitista. Típicamente suya fué, hace poco, esa ruidosa conferencia de El Cairo, reunida sin el alto nivel de Bandung pero más hirviente y descarada que la conferencia javanesa.

Pues bien, Rusia, presente y activa en la II Conferencia Afro-Asiática, ofreció, en la sesión plenaria del 27 de diciembre, por boca de Rachidof, Vicepresidente adjunto del Praesidium del Soviet Supremo de la U. R. S. S., la ayuda incondicional y pródiga de Rusia a las 37 naciones asistentes.

«Estamos dispuestos a ayudarles a Vdes.—dijo hábilmente el delegado ruso Arzyumanyan—de hermano a hermano. La única condición de nuestra ayuda—recalcó—es que es completamente desinteresada.» Y, de paso, aprovechó su intervención para denostar a Washington por mezclar, según él, su ayuda económica a pactos agresivos y gravar las haciendas de los pueblos subsidiados con nuevas cargas militares.

Al hablar y proceder así, el Kremlin se olvida de todo. Reclama contra el imperialismo y el colonialismo de Occidente, sin recordar que los colonizadores han emancipado a la India, Túnez, Birmania, Marruecos e Indonesia; y que ella tiene secuestrados a Corea Norte, a medio Viet-Nam, y a doce naciones europeas... Se olvida, también del desengaño egipcio que creyó en las promesas de Chepilov y que ahora advierte la baja cifra de su exportación algodонера a Rusia; que Rusia quiere privilegios de paso en el Canal; que el suministro de cemento no responde a lo dicho; y, por contra, que el petróleo soviético lleva tanto azufre que avería las refinerías indígenas.

Se avecina, según conspicuos comentaristas, un viraje de la política de Washington, respecto a Damasco y El Cairo en sus relaciones con la U. R. S. S.; la sustitución de la «Doctrina Eisenhower», insuficiente y mal llevada, por métodos más pragmáticos y eficientes. Tal vez un inteligente «neutralismo» fuese capaz de contrarrestar, en el orden práctico, las ventajas más nominales que reales de la sagaz ayuda soviética a los pueblos de Oriente Medio. La Casa Blanca piensa, sin duda, que aún queda mucho por hacer antes de ceder el paso a Rusia hasta los valles del Nilo y el Eufrates.

FERNANDO DE LASALA SAMPER.

*Profesor Ayudante de Derecho Internacional Público
en la Universidad de Zaragoza.*

